



## Comentario bibliográfico

**Maurizio Gribaudi, *París, ciudad obrera: una historia oculta, 1789-1848* (Buenos Aires: SB, 2023).**

**Federico Ramírez**

*Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales/  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata*

*ramirez.federicog@gmail.com*

*Fecha de recepción: 05/06/2024*

*Fecha de aprobación: 07/06/2024*

**L**a editorial SB publicó recientemente esta obra de Maurizio Gribaudi, historiador italiano e investigador en la École de Hautes Études en Sciences Sociales. Se trata de una decisión editorial destacable, ya que constituye la primera traducción al español de un libro de Gribaudi, quien desde hace varias décadas desarrolla investigaciones sumamente interesantes que, sin dejar de lado temas clásicos de la historia social —como la formación de las clases sociales—, se han concentrado sobre todo en el análisis del espacio urbano parisino como un entramado profundamente dinámico de relaciones sociales.

*París, ciudad obrera*, publicado originalmente en francés en 2014<sup>1</sup>, es una buena prueba de ese trabajo. El planteo general de Gribaudi consiste en que, tras los cambios producidos durante la Revolución Francesa y las primeras décadas del siglo XIX, en los barrios céntricos y populares de la capital francesa se configuraron vínculos, formas de sociabilidad y de producción entre sus habitantes que permitieron imaginar y poner en práctica formas de organización económica y social alternativas a las que estaba terminando de adquirir el capitalismo industrial en ese período. Gracias, por un lado, a la atención concedida al detalle que le permite reconstruir edificios y calles de esos barrios y, junto con ellos, a las personas que los habitaban, y, por otro lado, a un análisis que muestra que la forma que adoptó el capitalismo industrial francés, lejos de seguir una evolución “natural” y necesaria, fue más bien resultado de un proceso marcado por el conflicto social, cuyo devenir no estaba preestablecido, Gribaudi elabora un argumento de notable calidad histórica, en tanto resalta la agencia de los actores y los caminos alternativos que podría haber asumido la industrialización parisina.

El libro se divide en tres partes, cada una cuenta con tres capítulos. La primera, “La progresiva cristalización de un mito”, desarma una de las imágenes más asociadas con París: aquella que la define como la ciudad moderna por excelencia, la “Ciudad Luz”, con sus amplios bulevares y pasajes. Gribaudi sostiene que diversos discursos —de higienistas, administradores y urbanistas, pero también de escritores, pintores, dibujantes y caricaturistas— fueron convergiendo, en las primeras décadas del siglo XIX, hacia una serie de representaciones de la ciudad como espacio marcado por una oposición binaria. Por una parte, en el oeste parisino, los nuevos barrios donde se instaló la burguesía en ascenso, que hizo suya la bandera del progreso y se identificó como adalid de la modernidad. Por otra parte, en el centro de París, los barrios de la población trabajadora, caracterizados por un entramado abigarrado y sinuoso, considerados una rémora del pasado, un obstáculo para el avance del progreso y la modernidad instalados en el oeste. Esas representaciones dicotómicas se consolidaron tras la derrota de junio de 1848 y, especialmente, con la instauración del Segundo Imperio y la “haussmanización”<sup>2</sup> de París. En el transcurso de las primeras déca-

---

1 Maurizio Gribaudi, *Paris ville ouvrière. Une histoire occultée (1789-1848)* (París: La Découverte, 2014).

2 Este término refiere a la transformación de París realizada bajo el régimen de Napoleón III por el barón Haussmann, que desplazó a la población obrera del centro de la ciudad.

das del siglo XIX, por tanto, fueron desapareciendo de esos discursos y representaciones varios elementos y figuras que hacían a la heterogeneidad y especificidad de la ciudad misma.

En este sentido, el primer capítulo analiza las representaciones elaboradas en el período posrevolucionario, sobre todo durante la Restauración. Para este momento, el autor no encuentra aún la hegemonía de la oposición binaria que dominará la segunda mitad del siglo; más bien, rastrea en diversos discursos analizados la presencia de varios elementos que resaltan una imagen de París como ciudad compleja y multifuncional: un centro de intercambio y de consumo, a la vez una ciudad con una historia y cultura destacadas y, asimismo, un centro de producción industrial. En esos discursos, aunque la ciudad presentaba varios problemas -relacionados al crecimiento demográfico, a la circulación o con cuestiones estéticas-, los barrios céntricos todavía no aparecían como espacios necesariamente atrasados, cuya población resultaba en sí misma enfermiza y peligrosa, sino como un espacio polifacético y a menudo desordenado que requería una intervención, pero que era parte constitutiva y característica del conjunto de la ciudad. Gribaudi encuentra los primeros elementos de la dicotomía entre la “cultura del bulevar” y los barrios populares del centro en el desarrollo de la literatura panorámica y del arte visual de esos años. Es ahí donde percibe la paulatina asociación del centro parisino con cierto pintoresquismo que comenzaba a invisibilizar la complejidad y heterogeneidad de ese espacio a través del vínculo con determinadas fisionomías sociales estereotipadas que convertían a los barrios céntricos en un espacio anclado en el pasado.

Durante la Monarquía de Julio tuvo lugar un profundo cambio en la concepción de la ciudad. Los discursos y representaciones elaborados a principios de la década de 1830, analizados en el segundo capítulo, están marcados por el ascenso de la burguesía al poder, la participación de la clase trabajadora en la Revolución de Julio —y los temores que despertaron esa y posteriores intervenciones suyas—, la epidemia de cólera de 1832 y el triunfo de la generación romántica. Gribaudi sostiene que allí se evidencia una percepción caótica, insalubre y desordenada del centro de la ciudad, cualidades que se asociaron con la población que vivía en esos barrios, por lo que ambos comenzaron a ser considerados como un problema a resolver. Asimismo, en la obra de los artistas románticos rastrea una idealización del pasado medieval de París que funcionaba como complemento de la “nueva modernidad” de los barrios del oeste, pero que desestimaba la

variedad de actores que residían en el centro y la diversidad de actividades que allí realizaban. En este sentido, los románticos consideraron a los habitantes del centro como una presencia que impedía apreciar las reliquias medievales, no como parte integrante de la ciudad sino como un decorado que permanecía en segundo plano. Para Gribaudi, las únicas representaciones que escaparon a esta tendencia fueron las caricaturas políticas -sobre todo las de Daumier-, que terminaron siendo víctimas de la represión de la monarquía de Luis Felipe.

El último capítulo de esta parte, centrado en los discursos y representaciones posteriores a 1835, muestra la consolidación de la dicotomía entre Grandes Bulevares y barrios del centro. Gribaudi plantea que, definitivamente a partir de entonces, el espacio popular del centro parisino fue caracterizado como peligroso, depravado e insalubre. Para resolver ese problema, se formularon varias propuestas para intervenir estructuralmente esa zona, en las que, sin embargo, la lógica que articulaba ese espacio y la población que lo habitaba quedaron completamente invisibilizadas. El autor señala que estos discursos centrados en la peligrosidad de la población del centro de París se volvieron hegemónicos, ya que predominaban no sólo entre los románticos y otros sectores ligados al poder, sino que también estaban presentes en figuras más sensibles a la realidad obrera - como Flora Tristán- que reproducían discursos estereotipados sobre la población trabajadora.

La segunda parte, “Detrás del mito, otras realidades parisinas”, constituye el núcleo de la interpretación de Gribaudi. A lo largo de sus tres capítulos, el autor realiza una reconstrucción histórica de los espacios y habitantes del centro de la ciudad que fueron ocultados e invisibilizados por el desarrollo discursivo abordado previamente. Gribaudi presenta, a través del análisis de la configuración del espacio, los cambios en la población, las actividades productivas y las formas de sociabilidad y solidaridad local, la constitución de una forma de organización económica y social diferente a la de los barrios del oeste, pero no por ello vinculada necesariamente con lo “arcaico” o lo “vetusto”. Por el contrario, para el autor se configura allí una modernidad alternativa, con una lógica propia que, basada en una dimensión social y colectiva, se contrapone con la modernidad de los Grandes Bulevares.

Las raíces de la modernidad alternativa obrera se encuentran en los cambios que atravesó París durante los años de la Revolución Francesa, especialmente a partir de la venta de los bienes

nacionales y, más tarde, con la guerra y la confiscación de las propiedades de los emigrados. Gracias a un trabajo minucioso centrado en casos representativos, en el cuarto capítulo Gribaoudi demuestra que gran parte del ostensible crecimiento poblacional de la ciudad —debido sobre todo al aporte inmigratorio— se registró en los barrios del centro, donde la venta de los bienes nacionales permitió la instalación y ocupación de numerosos edificios por parte de una amplia variedad de artesanos, fabricantes y comerciantes. Al mismo tiempo, estos actores, aprovechando el contexto bélico, los recursos naturales de París y los nuevos desarrollos del saber práctico y científico, dieron luz a una “industrialización orgánica” en la que todos los recursos disponibles —desde escombros de las demoliciones hasta desechos y restos de animales— servían para producir una diversidad de bienes necesarios para la República en guerra (pólvora, alimentos, medicamentos) y para el propio consumo de los grupos acomodados instalados en el oeste de la ciudad. De este modo, el autor encuentra allí los primeros rasgos de lo que llama la “fábrica colectiva” parisina, un modelo de producción industrial sustentado en la coordinación e integración del trabajo de esa variedad de artesanos y fabricantes.

La “fábrica colectiva” comienza a ser examinada en el quinto capítulo, en el que Gribaoudi revela el notable crecimiento económico de los barrios del centro de París entre finales del siglo XVIII y la década de 1840. Gracias a un exhaustivo análisis, muestra que la fábrica colectiva se articulaba a través de la especialización de determinadas manzanas y calles —sobre todo en los barrios de la margen derecha del Sena— en la producción de un conjunto particular de bienes. Aunque se trataba de una estructura productiva con raíces en el siglo XVIII, las transformaciones ocurridas tras la Revolución Francesa supusieron un cambio cualitativo en su escala. De este modo, lejos de ver en los barrios céntricos y populares un espacio económico atrasado y atado al pasado, Gribaoudi sostiene que se trataba en realidad de un ámbito altamente dinámico que, sin romper por completo con formas y prácticas definidas *a posteriori* como “tradicionales” y “premodernas”, resultó profundamente innovador.

El capítulo sexto, uno de los más interesantes y atractivos del libro, reconstruye las relaciones y actores sociales que eran la base de la fábrica colectiva parisina. Gribaoudi presenta la amplia diversidad de fisionomías sociales y profesionales que poblaban los barrios del centro de la ciudad. La pluralidad de vínculos entablados por esos actores se explica principalmente a través de la

relevancia del espacio local, donde fabricantes, comerciantes y trabajadores vivían en los mismos edificios y compartían espacios de trabajo y, fundamentalmente, de sociabilidad. Sin caer en miradas idealizadoras de la comunidad de los barrios populares céntricos, el autor muestra la existencia de una jerarquía en esas relaciones sociales, reconocible por ejemplo en los varios casos en los que se evidenciaba la práctica de adelantar dinero o mercadería a cuenta. La trama de relaciones sociales que conformaba el espacio popular del centro de la ciudad poseía un acentuado carácter barrial y estaba atravesada por un importante predominio de los vínculos de vecindad, además de las relaciones de parentesco y de solidaridad profesional que eran relevantes para ciertos grupos específicos. Según Gribaudi, ese rico y complejo entramado relacional constituyó el fundamento para un proyecto político y social diferente al establecido en los Grandes Bulevares, pero de todos modos profundamente moderno.

Por tanto, en “El horizonte perdido de la otra modernidad parisina”, tercera y última parte del trabajo, el autor analiza el proceso de conformación de ese proyecto alternativo desde los años posrevolucionarios hasta junio de 1848, momento que representa su derrota política. Gribaudi presenta algunas ideas que siguen una línea más clásica dentro de la historia social francesa de las últimas décadas y señala la influencia de obras como la de William Sewell<sup>3</sup>, ya que la construcción de ese proyecto alternativo se asocia y en cierta medida acompaña al proceso de formación de la clase obrera parisina.

De esta manera, el séptimo capítulo analiza los años de la Restauración y muestra que el entramado de relaciones sociales barriales cumplió un rol fundamental en lo que Gribaudi llama el “ascenso hacia la política”, esto es, la elaboración de una “conciencia aguda e inédita de la realidad de las relaciones de dominación que regían no solo a la organización laboral parisina, sino a la sociedad entera” (p. 261). A partir de las experiencias de los habitantes de los barrios céntricos, el autor destaca la importancia de los espacios de sociabilidad —como las reuniones destinadas al canto y al baile o las sociedades de socorros mutuos— que cumplían una función de esparcimiento y asistencia, pero también de formación política, que fueron fundamentales para establecer las numerosas huelgas realizadas durante esos años. En este sentido, una idea central que recorre el

---

3 William H. Sewell, *Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848* (Madrid: Taurus, 1992).

capítulo y toda la última parte del libro es que los trabajadores que vivían en el centro parisino desarrollaron sus prácticas y reflexiones teóricas de manera autónoma, gracias especialmente al conocimiento brindado por sus experiencias cotidianas.

La Revolución de Julio representa entonces un momento clave, que permitió que la acumulación de experiencias de los años previos tomara cuerpo en las barricadas parisinas y en las luchas posteriores. Por esa razón, el capítulo octavo examina el período 1830-1834, durante el cual los trabajadores de los barrios céntricos ocuparon el espacio público con demandas propias, en las que algunos términos claves (como trabajo y asociación) adquirieron nuevos significados. Debido al insoslayable protagonismo obrero, Gribaudi discute con interpretaciones canónicas y señala que la Revolución de 1830, más que una revolución burguesa, puede considerarse como la primera revolución proletaria del siglo XIX, no sólo porque los trabajadores colmaron las barricadas de París sino porque la lógica de la “fábrica colectiva” brindó una estructura organizativa que contribuyó a derribar al régimen imperante. El hecho de que esa revolución terminara instaurando otra monarquía, burguesa y liberal, fue resultado, según el autor, de la propia dinámica política del momento. Sin embargo, aun así julio de 1830 marca el punto de eclosión del movimiento social parisino, en el que los trabajadores pudieron reconocer el poderío de su fuerza colectiva y comenzar a utilizarlo en función de sus reclamos. El período 1830-1834 fue también testigo del vínculo más estrecho entablado entre este movimiento obrero y el republicanismo y el sansimonismo<sup>4</sup>. Respecto a este último, Gribaudi señala la importancia de su prédica en torno a la idea de asociación y, sobre todo, en términos de género, un aspecto que, aunque reconocido como importante, queda particularmente reducido en el libro a este período y en relación con esa doctrina socialista.

Finalmente, el último capítulo prosigue el análisis del movimiento obrero parisino en su articulación y toma de consciencia, en especial durante los años 40 y en función de las discusiones y puestas en práctica de la idea de asociación como fundamento de una nueva forma de organiza-

---

4 El republicanismo buscaba establecer un régimen político a imagen de la Primera República francesa. Sus partidarios eran sobre todo jóvenes intelectuales burgueses vinculados con la carbonería y la masonería. El sansimonismo, cuyos principales adeptos eran industriales e intelectuales, promovía ideas y prácticas asociativas entre los grupos obreros.

ción del trabajo y la sociedad. Gribaudi identifica durante esos años una “toma de la palabra” por parte de los trabajadores del centro parisino que se plasmó en las asambleas y la prensa obreras, que permitieron reconocer los mecanismos de funcionamiento de la sociedad y proponer alternativas, basadas en las experiencias propias y difundidas en los espacios de sociabilidad que ofrecía la estructura de la fábrica colectiva parisina, para terminar con la explotación económica y social. Por este motivo, el autor revaloriza al llamado “socialismo utópico” y especialmente a Pierre Leroux, en tanto reconoce allí el intento por crear una verdadera “ciencia social” que, partiendo de la experiencia y el saber práctico de los trabajadores, buscaba establecer una sociedad más justa, democrática e igualitaria. Ese proyecto por instaurar una República democrática y social se abrió en febrero de 1848 y se cerró de forma violenta con la represión de junio.

De este modo, la creciente intervención política de los trabajadores a partir de 1830 y sus desafíos a la lógica de funcionamiento de la sociedad burguesa y capitalista explican por qué la mirada que los grupos y sectores vinculados al poder tenían de los barrios populares del centro de París cambió en ese mismo momento. A partir de entonces, esos barrios y sus habitantes fueron considerados un problema a resolver. Tras la efímera Segunda República y el establecimiento del Segundo Imperio, el barón Haussmann marcó el triunfo de la modernidad burguesa al destruir con sus intervenciones sobre los barrios del centro parisino, amparadas por el Estado autoritario de Napoleón III, la estructura económica y social de la fábrica colectiva parisina. En este punto, resulta llamativo que Gribaudi no brinde ninguna referencia al trabajo que David Harvey dedicó a la “haussmanización” de París<sup>5</sup>, ya que ambas obras parecen complementarse muy bien y además varios elementos de sus análisis —la concepción del espacio como trama de relaciones sociales, la atención al “mito” de la modernidad burguesa, los antecedentes del plan de Haussmann en los proyectos esbozados en las décadas previas— constituyen evidentes puntos en común.

Más allá de esto, el trabajo de Gribaudi constituye un interesante análisis histórico sobre la formación de la clase obrera parisina, construido a partir de las premisas de una importante tradición historiográfica contemporánea. La marcada influencia thompsoniana a lo largo de toda la obra se plasma no sólo en la centralidad de la noción de experiencia, sino también en el constante

---

5 David Harvey, *París, capital de la modernidad* (Madrid: Akal, 2008).

interés por resaltar la capacidad de agencia de los sujetos históricos, su rol clave en el proceso de constitución de la clase a partir de la revalorización y reformulación de sus tradiciones previas y su creatividad para elaborar alternativas frente a la explotación económica y la opresión política que marcaban su realidad cotidiana. Además, el trabajo de Gribaudi puede resultar muy atractivo no solo para quienes se interesen por la historia política y social francesa, sino también por las dimensiones políticas en la conformación del espacio, por el vínculo entre la producción humana y el ambiente, por el problema siempre abierto y presente de qué es la “modernidad” y lo “moderno”, entre otros temas posibles. Por esta amplitud y variedad de enfoques y temas abordados, este libro representa entonces una de las contribuciones recientes más destacadas para entender la historia del capitalismo y de los desafíos que logró sortear durante lo que conocemos como la “Era de la Revolución”.